



## GABRIEL JACKSON

y objetivo. Jackson, junto a Brenan, Thomas o Southworth, ocupó desde ese momento un puesto fundamental en la cultura subterránea, alimentada por las visitas a París o a las trastiendas de algunas librerías, de todo estudiante o intelectual no conformista. Con el tiempo, aquellos primeros lectores descubrimos que Jackson no era sólo el autor de la mejor historia de la Segunda República, cuya vigencia aún perdura a los casi veinte años de su aparición, y ha servido como punto de partida de los estudios de los investigadores más jóvenes. Además de ello, su preocupación por el pasado español se extendía a períodos más amplios, como puso de manifiesto su Aproximación a la España contemporánea, 1898-1975, e incluso a etapas remotas, sin dejarse atar por las barreras del especialismo y las definiciones rígidas de los períodos históricos (como muestran su Introducción a la España Medieval, y diversos trabajos recogidos en Costa, Azaña y otros ensayos) y no sólo eso: autor de una biografía intelectual (Historian's Quest), Jackson nos sorprendió más tarde como novelista (En ese ayer casi olvidado y mudo), hasta acabar demostrándonos, desde las páginas de El País, que un historiador puede ser a la vez un observador atento de la vida política y cultural de nuestro propio tiempo, y un decidido defensor de la paz y los derechos ciudadanos.

A partir de la publicación en inglés en 1965 de La República española y la guerra civil, Gabriel Jackson se convertía en una figura clave en la formación histórica, y política, de las nuevas generacio-

nes de españoles que no vivieron el período republicano y cuya visión —ampliamente deformada por la propaganda y la historiografía franquista del mismo— era ahora trastocada por este libro inteligente

• «Por diversas razones históricas los españoles son gente intensamente vital, dramática, capaz de gran lealtad y abnegación y de una paranoia no menos acusada». El diagnóstico, mezcla de la reflexión

*del historiador y la intuición del novelista, con el que concluye uno de sus libros, es expresivo de la simpatía, no exenta de actitud crítica, de Jackson hacia este país y sus habitantes. Una simpatía cuyo reflejo más evidente es el asentamiento en Barcelona, desde hace unos años, de nuestro entrevistado, para compartir con los españoles un futuro que —según la esperanza expresada en el mismo texto— debe incluir «una combinación de mayor eficacia económica, democracia política y ese comportamiento individual, dramático y pleno de vitalidad, sin el que la vida cotidiana perdería gran parte de su sabor». Precisamente de la vida de Jackson, de su larga y polifacética trayectoria, y no sólo de sus opiniones de historiador, hablamos en Oviedo, aprovechando los intermedios de un coloquio en conmemoración del cincuentenario de la revolución de octubre de 1934.*

— Gabriel Jackson es quizá el único, o uno de los escasos historiadores que han escrito su propia autobiografía. ¿A qué se debe esta preocupación por hacer pública tu evolución vital?

—Lo he hecho para dar una idea informal de los entresijos de la investigación histórica. No se trata de hacer una autobiografía, sino que es solamente un relato de cómo he hecho la investigación, y de los contactos personales con gente en España.

— Al hilo de esa biografía, sería interesante que nos hablaras de tu vinculación con los grupos de izquierda americanos en el período anterior a la Segunda Guerra Mundial.

— Yo era un chico de 15 años cuando comenzó la guerra; pero tenía un hermano mayor, y muchos amigos suyos entraron en las Brigadas Internacionales. También me acuerdo muy bien de la Comisión Norteamericana para ayudar a la democracia española: era un frente de pastores protestantes, liberales, intelectuales y afiliados a los sindicatos. Y éso fue de veras el comienzo de mi conciencia política.

— ¿Estuviste vinculado alguna vez al Partido Comunista Americano?

— Yo casi llegué a entrar en el Partido Comunista; pero no lo hice por una razón muy sencilla. Resultó que hicimos una colecta precisamente para ayudar a la República española, y después de la reunión el jefe —que era comunista— explicó que había una crisis financiera en el periódico comunista, y que iban a utilizar el dinero de la colecta para financiar a su órgano de prensa. Y yo decía: «Hemos pedido dinero a la gente para mandar ayuda médica a España, y no para ayudar a la prensa del partido». Y este jefe me contestaba: «Son la misma causa». Yo no debatí la argumentación en este momento, pero decidí, casi inmediatamente después, no afiliarme al Partido Comunista.

— Tu familia y tú, ¿tuvisteis algún problema en Estados Unidos por simpatizar con el PC?

— Sí. Yo no me acuerdo ahora de forma precisa de lo que pasó con mi hermano —aunque era comunista de toda la vida—, pero sí sé que sufrió bastante en su vida pro-

fesional sólo por esa razón. En cuanto a mí, en la época del macarthismo de los años 1950-1951 hubo varias oportunidades académicas que me negaron porque estaba en la lista de sospechosos del FBI. Me preguntaron varias veces si había sido comunista, y yo les dije: «No voy a hablar de eso, porque es un derecho personal». Y esa nube de sospechas dificultó bastante mi carrera académica hasta el año 1960, aproximadamente.

— ¿Cuándo entraste en contacto con la cultura y la política españolas?

—Fuí a México con una beca en 1942. Allí contacté con Joaquín Sansatózil, médico tropical en Marruecos, y conocí a varios exiliados, como León Felipe. Yo no era consciente de lo que ello significaba en ese momento; pero después de la Guerra Mundial, cuando escogí un tema para mis propias investigaciones, me lancé a la investigación sobre la República a consecuencia de esas relaciones en México.

— Pero, ¿en qué circunstancias te dedicas —porque, aparte de ser el historiador de la República y la guerra civil, has trabajado sobre otros temas— a la Historia de España? ¿Qué fue lo primero que te interesó de ella?

—Primeo fue una cosa muy general, fue como una impresión de la cultura hispánica en México. Si soy sincero, me gustaba todo de España. Me gustaba la forma de hablar, de actuar, el trato personal, la danza, la literatura, la poesía. Comencé a leer a Machado, a Guillén y a Salinas. Y como me atraía desde el primer

momento toda la cultura española, me lancé a la investigación sobre la Historia de España. Y no sólo de la España republicana, también me he interesado por la Edad Media, porque la convivencia entre judíos, musulmanes y cristianos no se había dado en ningún lugar del mundo. En ningún sitio se ha dado el hecho de que tres culturas diferentes hayan convivido de forma constructiva.

También creo que, lo mismo que hay períodos claves en la historia de cualquier país o civilización —Luis XIV en Francia, por poner un ejemplo—, en España la Edad Media es el período clave para comprender su historia posterior. Por ello, y porque como historiador nunca me ha gustado reducirme al mismo campo, he acabado de escribir un libro sobre la Edad Media.

## *En torno a la España medieval*

—En tu *Introducción a la Historia Medieval incides en la polémica ya clásica entre Sánchez Albornoz y Américo Castro. ¿Qué opinas sobre esta discusión?*

—Estoy más de acuerdo con Américo Castro que con Sánchez Albornoz. Pienso que en este último, pese a que ha sido un hombre honesto, liberal y republicano, se dan bastantes rasgos de antisemitismo —no existe otra palabra para caracterizar las cosas que dice sobre la Edad Media—. Pero también debo decir que no acepto algunas de las explicaciones de Américo Castro basadas en unos pocos documentos literarios y teorías étnicas. No creo en ese tipo de

explicación de una cultura. Pero dejando de lado las teorías personales de los dos historiadores, la sensibilidad de Américo Castro hacia las tres culturas me parece mucho más acertada que las explicaciones muy parciales —desde la perspectiva del cristianismo militante— de Sánchez Albornoz.

—*A diferencia de lo que ocurre con las culturas musulmana y cristiana, que son bastante conocidas, el papel de los judíos en la España medieval se ha tratado con menos detalle. ¿Cuál es, en tu opinión, la importancia de esta cultura?*

—Los judíos contribuyeron al desarrollo del comercio, de la diplomacia, porque conocían otros idiomas. Este aspecto de la cultura judía es bastante conocido. No lo es tanto el hecho de que entre los judíos había también labradores asentados en las pequeñas poblaciones del norte de Castilla y de Aragón. Pese a todo, sus funciones de *casta* —como dice Américo Castro— eran las científicas y las diplomáticas. Los grandes médicos de la época dedicados a cuidar de los reyes medievales eran judíos.

Otro aspecto de la cultura judía, que es muy importante, fue su integración con la cultura cristiana, en especial en la creación de la lengua castellana por los escribanos y traductores judíos. Los judíos escribieron en lengua castellana durante la Edad Media.

—*En uno de tus artículos más conocidos has comparado los procesos de la Inquisición en la España de comienzos del siglo XVI con el período*

*de «depuración macartista» en los Estados Unidos en 1947-1955, período que, como nos acabas de contar, viviste directamente. ¿En qué basas este análisis comparativo?*

—El aspecto fundamental está en la influencia en ambos casos del *miedo político*. En el caso de la España del siglo XVI existían prejuicios y miedo hacia los erasmistas y los protestantes; y en los Estados Unidos existía el mismo miedo hacia los comunistas en el sentido más amplio de esta palabra, referida no sólo al Partido Comunista sino a los «rojos» en general. Por tanto, existe un paralelismo entre ambos momentos históricos. Pienso que, pese a que en los Estados Unidos no han llegado a quemar a las personas en las hogueras públicas como se hizo en España durante el período de la Inquisición, sí hay algunos casos bastantes parecidos política y psicológicamente, como los de la muerte de los Rosemberg o poner fuera de la ley al Partido Comunista Americano en los años cincuenta.

—*Dejando a un lado el miedo político, ¿se dan otras similitudes ideológicas o de comportamiento entre estos dos procesos tan alejados en el tiempo?*

—Sí. En ambos casos se decide que un ciudadano está libre de toda sospecha y se puede confiar en él si tiene una ideología determinada. En el caso de la Inquisición es el catolicismo conservador y —lo más importante— la pureza de sangre. Algunos dicen que la ortodoxia es la fundamental, pero piensan que la gente con sangre impura es también

la gente con pensamiento impuro. Esto sería comparable con la ortodoxia política en los Estados Unidos de los protestantes procedentes de Europa del Norte, de Italia o de los países Mediterráneos, mucho menos desarrollados y con tradición católica.

## *De Costa a la República*

—*Pasando a la historia contemporánea, Costa y Azaña fueron los primeros personajes —si no recuerdo mal— a los que dedicaste tu atención. ¿Hay algunos rasgos comunes entre estos dos personajes?*

—Hasta cierto punto, sí, intelectuales ambos, bastante autodidactas: no lo eran por su origen o por pertenecer a familias intelectuales. Pero Azaña era, mucho más que Costa, un «animal político». Costa fue un gran personaje, pero sin ninguna capacidad para organizar un partido o para comprometerse, como hizo Azaña. Azaña fue un gran político, y creo que es una figura clave en todo el período republicano, primero por su confianza durante el primer bienio, y después por sus dudas y su sufrimiento durante la guerra civil.

—*Respecto a Joaquín Costa, en tu opinión ¿se le puede definir, como se ha hecho en ocasiones, como un precursor del fascismo?*

—En algún sentido, yo diría que fue el precursor del ala izquierda del fascismo, en especial con su idea de la revolución en el sentido de la justicia social, y también de una revolución muy nacional y

dentro de la tradición de un país. Pese a ello, es difícil decir cómo hubiera actuado Joaquín Costa si hubiera sido un estadista en el poder. Creo que no hubiera sido un buen dictador, porque no tuvo acierto ni tacto para escoger a sus colaboradores. Fue un hombre muy original, muy excéntrico, y su gran aportación se encuentra en el desarrollo de las ideas sobre política hidráulica, o sobre la introducción de mejoras en la agricultura española.

Pero creo que habría que escoger muy cautelosamente entre las ideas de Costa. Costa fue en un momento dado muy imperialista, y sin embargo es muy liberal con respecto a la justicia social y el desarrollo de nivel de vida del pueblo español.

—*Tu obra fundamental La República y la guerra civil española, tras estar prohibida durante años en España, fue editada por fin en este país en el año 1976. ¿En qué cuestiones ha variado tu análisis desde la aparición en inglés de la obra hasta su publicación definitiva en España?*

—Tengo la impresión de que en la primera edición había exagerado un poco el número de muertos. En aquel año los estudios demográficos decían que había habido unos 600.000 muertos. Pero, en la actualidad, con la aparición de estudios más científicos y precisos, sabemos que estos muertos sólo llegaron a 300.000 ó 400.000 en total. Esto —como no podía ser por menos— ha variado mis antiguas estimaciones, en especial respecto a las represalias, que fueron la causa principal de

las muertes; su número era la mitad o dos tercios de lo que había dicho en un principio. 200.000 muertos por represalias nacionalistas durante la guerra, y otros 200.000 prisioneros republicanos muertos por ejecución o enfermedades de 1939 a 1943.

Otra diferencia con respecto a la primera edición es de matiz, y se refiere a la intervención extranjera. Creo —a través de los estudios de Robert Whealey y algunas estimaciones de Jesús Salas Larrazábal— que la República recibió más ayuda financiera de lo que dije en un principio. Pero esto no varía mucho el sentido práctico de la ayuda. Por eso he dicho que se trata solamente de una diferencia de matiz. Tal vez la República recibió más aviones, pero éstos no tenían armamento o no había gasolina para ponerlos en funcionamiento. Ahora bien, en conjunto se puede decir que los republicanos recibieron más máquinas de guerra de lo que señalé en la primera edición.

—*¿Qué tipo de fuentes has utilizado para variar el balance con respecto a cifras de muertos?*

—Fundamentalmente los estudios demográficos de Jordi Nadal y de su escuela de Barcelona. La variación en mis datos es una variación en la cifra de las represalias en función de ese cambio de criterio demográfico. No he variado mis estimaciones sobre los muertos en el campo de batalla, por enfermedad o en los bombardeos. La única variación está en las represalias nacionalistas, cuyo número de muertos fue menor que en mis estimaciones anteriores.

—¿Por qué fracasó la República?

—En mi opinión, la causa principal fue la depresión económica mundial. Como consecuencia de ella el paro había aumentado enormemente en el país, sólo había trabajo en las industrias de tres a cuatro días por semana, y esto hubiera acabado con cualquier gobierno. En segundo lugar, políticamente la República coincidió con el auge del fascismo, debido al desprestigio europeo hacia los regímenes parlamentarios, precisamente en el momento de triunfo de la República, y que se reflejó en la debilidad y desconfianza de Francia e Inglaterra, y la agresividad de Italia y, sobre todo, de Alemania con el ascenso de Hitler. Esto repercutió tanto en la derecha como en la izquierda: en la derecha, en el sentido de mirar con admiración a Mussolini —monárquicos y la CEDA de Gil Robles—; en la izquierda dio lugar a la radicalización en el Partido Socialista con la determinación de evitar ser derrotados en la lucha contra el fascismo. Por consiguiente, esta influencia se ve en la Revolución de Octubre de 1934 —cuyo cincuentenario se está celebrando este año—, en la combatividad obrera y en la represión terrible de la derecha y del gobierno. Creo que estos dos factores —depresión económica mundial y auge del fascismo—, con sus consecuencias dentro de España, serían las dos razones principales del fracaso de la República.

Pese a ello, quiero decir que, cuando se pregunta: «Por qué fracasó la República?», conviene recordar que

la República fue destruida por una sublevación militar de una minoría de oficiales del ejército, y que esta minoría de oficiales sacaron las tropas a la calle, con engaños, y trataron de tranquilizar a la gente en las ciudades con la mentira de decir: ¡Viva la República!

—¿La radicalización de Largo Caballero y la «bolchevización» del ala izquierda del Partido Socialista influyó también, en tu opinión, en el fracaso de la República, como intentan demostrar algunos historiadores?

—En primer lugar, no me gusta el término de «bolchevización», entre otras cosas porque los jóvenes socialistas de Largo Caballero pensaban que eran revolucionarios bastante más puros que los bolcheviques de su tiempo. Creo que los seguidores de Largo Caballero no eran bolcheviques. Seguramente en el sentido de crear miedo a la derecha, la radicalización de Largo Caballero era bastante importante, pero se puede deducir a través de los hechos que no eran revolucionarios en el sentido estricto del término. Por poner un ejemplo: en el primer momento de la sublevación, Largo Caballero ofreció los servicios de la UGT al gobierno, burgúes y republicano. Creo que Largo Caballero había utilizado sin cuidado un vocabulario revolucionario cuando la situación era ya bastante difícil, en especial durante la primavera de 1936, y en este sentido sí hay bastante responsabilidad de los seguidores de Largo Caballero en el desencadenamiento de la guerra civil.

*La polémica con Chomsky: las colectivizaciones anarquistas*

—Cuando se publica tu libro sobre la Segunda República, Chomsky publicó una crítica muy extensa respecto a la pretendida «objetividad liberal» —como él mismo llama— que se refleja en el libro, en especial al tratar el tema de las colectivizaciones anarquistas durante la guerra civil. ¿Cuál es tu valoración actual de la experiencia? ¿En qué medida las colectivizaciones tuvieron un carácter democrático y voluntario?

—Creo honestamente que es imposible decir en qué medida fueron voluntarias. Seguramente lo fueron sólo hasta cierto punto. Con la columna Durruti y con las cosas que pasaron dentro del Consejo de Aragón y cerca de Valencia, se sabe que había presiones y amenazas a los campesinos. Pero no hay documentación y es absolutamente imposible, en mi opinión, establecer ninguna valoración clara. Yo he dicho en mi libro que tuvieron bastante éxito, en especial durante el primer año de la experiencia; pero a causa de la falta de recursos y de las condiciones de la guerra, con la inflación, y de la escasez de hombres, por estar en el ejército, con todos estos factores es imposible medir cómo hubieran sido en tiempos de paz y contando con diez años por delante, en vez de un año, para juzgar mejor.

En cuanto a las críticas de Chomsky, pienso francamente que no son honestas. Me acusa de no utilizar ciertas fuentes, pero son precisamente las fuentes que yo he utilizado, están en las citas a pie de pági-



na, y creo que si la gente lee mi libro y no solamente lo que Chomsky dice de mí, lo verán. Chomsky discrepa de mi interpretación en sus conclusiones. Hemos leído los mismos documentos, porque no hay muchos, pero yo creo que él idealiza los éxitos conseguidos por las colectivizaciones. En mi caso, yo tengo simpatía por este esfuerzo de hacer una revolución descentralizada, pero en la práctica creo que era un disparate en una situación de guerra.

—¿Quiere decir esto que tu valoración respecto a las colectivizaciones es positiva? O,

por el contrario, ¿crées que primero había que ganar la guerra y después hacer la revolución?

—Es positiva en el sentido humano general, para tiempos de paz; pero es negativa en el contexto de la guerra civil española. No había posibilidades de defender la República sin la colaboración de Francia e Inglaterra; y para conseguir esta colaboración era absolutamente necesario evitar revoluciones sociales de este tipo experimental e izquierdista. Y, en ese sentido, había que ganar la guerra más que hacer la revolución.

—Es decir, que frente a Chomsky no te consideras un «nuevo mandarín»...

—En absoluto. Ni tampoco un «nuevo mandarín» en el exilio.

*La novela como historia.*

—Además de historiador, Gabriel Jackson ha escrito, y sigue escribiendo novelas que reflejan problemas políticos recientes, como la «caza de brujas», la guerra de Vietnam, etc.. ¿Se puede afirmar que tus novelas son novelas históricas, ahora que este género está de moda?

—No son novelas históricas en el mismo sentido que las de Graves o Yourcenar. Las novelas de Graves o Yourcenar se basan en la descripción de una sociedad ya pasada. Por el contrario, yo creo que mis novelas son históricas en otro sentido: son ficción, pero absolutamente en concordancia con lo que pasa en el presente. Es decir, yo podría justificar cualquier cosa que ocurre en mis novelas por hechos reales que ocurren en la vida del siglo XX. Yo escribo mis novelas como testimonio, y con la libertad de poder desarrollar un personaje desde dentro, y esto no es una cosa que pueda compararse con la exploración de documentación, como es el caso de la historia profesional o de las novelas históricas.

*Barcelona y la cultura catalana*

—Realmente, Gabriel, eres un personaje fascinante. Me gustaría que explicaras cómo un historiador, y además novelista, como tú puede interesarse también por la música y to-

*car con un grupo de amigos en Barcelona.*

—En realidad, esta afición me viene de antiguo. Ya en Estados Unidos tocaba la flauta. Y aquí en Barcelona toco con dos grupos; un cuarteto que se llama *Scalepius*, compuesto por médicos y cuyo fundador es el doctor Rocha, gran amigo del doctor Trueta. Al doctor Rocha le conocí precisamente cuando preparaba un estudio sobre el gran cirujano de la guerra civil, Josep Trueta. Y el otro grupo también está formado por médicos, a los que conocí a través de Ana de Shells, que trabajaba en la editorial Grijalbo. Debo decir que en Barcelona hay mucha música de calidad que tocan aficionados.

—¿Podrías explicar con más detalle qué representó para la cultura y la política catalana la personalidad de Josep Trueta, al que acabas de referirte?

—Durante las décadas de 1920 y 1930 fue un cirujano de prestigio. Además, era amigo de Maciá y de Lluís Companys, y dio todo su apoyo a los esfuerzos catalanes para conseguir el Estatuto de Autonomía. Pero su gran mérito estuvo en su actuación como cirujano durante la guerra civil. Inventó un nuevo método de tratar las heridas en las piernas o en los brazos. Hasta entonces, la forma habitual de tratar estas heridas era la intervención quirúrgica, completada con una cura diaria en la que se cambiaba el vendaje y se limpiaba la herida; pero este sistema era muy doloroso, y se corría el peligro de una infección. Trueta descubrió, o mejor dicho, desarro-

lló en España un sistema que consistía en limpiar una sola vez la herida, tras la operación, y escayolar después el órgano afectado dejándolo inmovilizado durante semanas, con lo que en la mayoría de los casos conseguía salvarlo después de un período de dos o tres meses de inmovilidad. Con este método, este gran cirujano evitó muchos sufrimientos a las víctimas de la guerra civil, e incluso era mucho más sencillo de realizar en el campo de batalla que cualquier operación quirúrgica. Gracias a él se salvaron muchas vidas, e incluso muchos combatientes pudieron conservar sus miembros, brazos o piernas, heridos. Desgraciadamente, al terminar la guerra civil tuvo que exiliarse en Londres, como otras muchas personalidades políticas y culturales españolas. Pero además de sus éxitos como cirujano me interesa también esta otra faceta de su personalidad: su interés por la cultura catalana. Esto forma parte de mi propio interés por los rasgos diferenciales de las tres culturas más grandes de la Península.

—Este interés de Gabriel Jackson por la cultura catalana, ¿es la causa de que haya abandonado Estados Unidos para establecerse en España, concretamente en Barcelona?

—Mi decisión de venir a España está ligada al hecho de que estuve siempre muy vinculado a los medios españoles, no sólo a través de mi investigación sobre la República, sino a través de Amnistía Internacional en la década de los sesenta, cuando había bastantes presos políticos en España. Y todo ello me ha proporcionado una red de amis-

tades mucho más amplia que en California. En California yo era un profesor dentro del ghetto académico en una comunidad muy militar y militarista, donde está San Diego, la mayor base naval de Estados Unidos. Y ésta es, creo yo, una razón para jubilarme en España. En cuanto a mi elección por Barcelona, me gusta muchísimo el mar, y me gusta también la variedad de paisajes. En una hora en coche desde Barcelona se puede estar en el desierto, cerca de Tarragona, o en el Pirineo, o en la Costa Brava...

*En defensa de la neutralidad.*

—Historiador, novelista; aficionado a la música; pero también escritor sobre temas políticos, y en especial sobre el tema de la paz. ¿A qué se debe tu actitud contraria a que España entre en la OTAN? ¿Piensas que España puede mantenerse neutral en el enfrentamiento entre los dos grandes bloques?

—Yo estoy en contra de todos los bloques. No se trata precisamente de una oposición a que España entre en la OTAN, sino que es una oposición tanto a la OTAN como al Pacto de Varsovia. Es una desconfianza igual hacia los Estados Unidos y la Unión Soviética desde el punto de vista del liderazgo de la humanidad. A mi parecer es absolutamente necesario que los países medianos —desde el punto de vista del poder político— sean independientes y presionen por igual a los grandes, como puede ser el papel de Suecia, y es un papel que también podría jugar España con gran dignidad, y yo creo que con éxito. Parece que el gobierno español pien-

sa jugar al mínimo con esta posibilidad, con lo que será muy difícil salir de la OTAN. Y creo que cuanto más tiempo pase sin salir, será más difícil hacerlo. Pero también pienso que este gobierno es un gobierno del Partido Socialista, y que no es un gobierno socialista propiamente dicho. Es un gobierno moderadamente de izquierdas, como los laboristas en Inglaterra o el de Olof Palme en Suecia. Y creo que estaría en su derecho si se saliera de la OTAN y jugara una política de neutralidad. Los grandes países neutrales son países democráticos; la neutralidad no tiene nada que ver con el apaciguamiento, la sugestión o la supeditación a los comunistas. Es otra forma de afirmar la paz y la democracia.

—¿No hay razones para temer al expansionismo soviético?

—No. Yo veo la política soviética como una defensa total —al cien por cien— de lo que habían conseguido en Yalta. No aceptan de ninguna forma un desafío a su control de Europa del Este desde 1945. Pero la otra cara de su política es no interferir y no invadir al Oeste. Han aceptado el dominio americano en el Occidente, pero también quieren mantener la línea di-

visoria desde los acuerdos de Yalta. Sin embargo, creo que no hay ninguna evidencia sobre la existencia de planes para invadir a Europa Occidental.

—Este verano has participado en coloquios pacifistas en Barcelona y en San Cugat, que han servido para la toma de contacto entre pacifistas, o personas que quieren luchar por la paz, de diversas adscripciones. ¿Cuál sería tu balance de la experiencia? ¿Cómo ves al pacifismo español?

—Yo creo que fue muy útil para dar conciencia al público, porque había mucha prensa, radio y televisión; sobre todo en Barcelona, y menos en San Cugat. El problema de los grupos pacifistas es que no están coordinados entre sí, que están desunidos; creo que es el eterno problema de la izquierda y de las «buenas causas», donde hay una multiplicidad de organizaciones con propósitos muy similares. Espero que el problema se arregle, pero lo mismo pasa en Inglaterra o Estados Unidos. Yo militaba en el movimiento de Derechos Civiles en Estados Unidos, y existían por lo menos veinticinco organizaciones dedicadas al mismo tema, y rara vez nos poníamos de acuerdo.

—Para terminar, ¿cuál sería tu balance de los dos años de gobierno socialista?

—Yo creo que comenzaron bien la reconversión de la economía y los planes de educación, así como los planes de reforma de la administración y de la justicia. No han conseguido mucho, pero yo no echo la culpa al gobierno socialista. Yo creo que en estos dos años lo que más se nota son las resistencias absolutamente ciegas y feroces por parte de los poderes fácticos y de los intereses corporativos. Yo no sé cuál será el fin de ese proceso. Creo —y repito— que los socialistas han comenzado bien, pero es difícil predecir si pueden acabar bien, porque hay una gran diferencia entre lo que son diez millones de votos y lo que es el poder de las organizaciones patronales, profesionales, sindicales, presionando todas ellas al gobierno, y ninguna de ellas con un concepto global del interés nacional. Quizá el PSOE no ha respondido a las expectativas de sus propios votantes, pero ha sido también a causa de ciertas ilusiones sobre la facilidad o sobre la prisa con que se pueden cambiar cosas muy arraigadas y decisivas en este país.

Maria RUIPEREZ